

# **IX Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos sobre «la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo»**

*Homilía inaugural  
de Juan Pablo II*

1. «Sígueme» (Mc 10, 21).

Hoy volvemos nuevamente a esta perícopa evangélica tan sugestiva: el diálogo de Cristo con el joven.

Se trata de un pasaje sencillo y al mismo tiempo singularmente rico, que presenta muchos motivos de profundización. A decir verdad, en la *Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo para el Año de la juventud*, en 1985, tuve la oportunidad de comentarlo ampliamente. Y también la última encíclica *Veritatis splendor* se refiere a ese texto evangélico (cf. nn. 6-22).

Hoy, al dar inicio al Sínodo de los obispos dedicado a la vida consagrada y a la misión que los institutos religiosos desempeñan en la Iglesia, oímos resonar nuevamente esa invitación de Cristo. Venerados y queridos hermanos y hermanas, cada uno de nosotros, en algún momento de su vida, ha escuchado precisamente esta llamada: Sígueme. Era una invitación que tenía en sí una fuerza especial: la gracia de la vocación. Esa fuerza provenía de quien hablaba. Nos

hablaba el Maestro bueno mediante el Espíritu Santo: el Espíritu de verdad, el Espíritu de las vocaciones.

2. Desde hacía tiempo nos estábamos preparando para este Sínodo, cuyo tema es: La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo.

Ello nos recuerda que las comunidades religiosas están llamadas a un compromiso de perfección, que Cristo expresó claramente en el coloquio con el joven: «Si quieres ser perfecto» (*Mt* 19, 21).

Después, a lo largo de los siglos, la tradición de la Iglesia ha dado una expresión doctrinal y práctica a esas palabras. El estado de perfección no es sólo teoría. Es vida. Y ha sido precisamente la vida la que ha confirmado la verdad de las palabras de Cristo: ¿la mayoría de los santos canonizados no proviene, acaso, de órdenes y congregaciones religiosas?

Se podría decir que el horizonte del reino de Dios se ha revelado y sigue revelándose continuamente de modo singular mediante la vocación a la vida consagrada. ¿No es quizá de estos años el maravilloso florecimiento de los institutos seculares y de las sociedades de vida apostólica, que tanto bien están haciendo en la Iglesia? Además, se está asistiendo al nacimiento de nuevas formas de consagración, en particular dentro de movimientos y asociaciones eclesiales, que quieren expresar, con modalidades adecuadas a la cultura actual, la tradicional tensión de la vida religiosa a la contemplación del misterio de Dios y a la misión hacia los hermanos.

Por tanto, el Sínodo, que se ocupa de la vida consagrada, no puede menos de tener una importancia especial para todos los hijos de la

Iglesia, que no dejarán de sostener sus trabajos con la aportación de su oración.

3. Es significativo el hecho de que, después del reciente Concilio, en el desarrollo de los Sínodos relativos a los diversos aspectos de la enseñanza conciliar sobre la Iglesia, el dedicado a los institutos religiosos llegue sólo ahora, es decir, después de los Sínodos sobre la familia (1980: *Familiaris consortio*), sobre la vida de los laicos (1987: *Christifideles laici*) y sobre el ministerio de los presbíteros en la Iglesia (1990: *Pastores dabo vobis*).

Casi se podría decir que el camino necesario para llegar del Vaticano II a este tema ha sido más largo. El tema ha madurado más lentamente sobre la mesa de la Iglesia y de la reflexión teológica. Y ahora «lo esperamos vivamente» ha llegado el momento oportuno para tratarlo: ha llegado el «kairós», la ocasión providencial que el Señor nos brinda para profundizar los temas y las perspectivas ya presentes en los textos conciliares. Es necesario que los miembros de las comunidades religiosas y de los institutos de vida consagrada, inspirándose en el modelo de la Iglesia primitiva (cf. *Hch* 2, 42), se comprometan, con un impulso nuevo, a ser un solo corazón y una sola alma, alimentándose de las enseñanzas del Evangelio, de la sagrada liturgia y sobre todo de la Eucaristía, y perseverando en la oración y en la comunión con el mismo Espíritu (cf. *Perfectae caritatis*, 15).

4. «Anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo» (*Mc* 10, 21). Si leemos atentamente los textos litúrgicos de hoy y, especialmente, la perícopa del Evangelio, podemos llegar a una conclusión, a saber, que contienen, en cierto modo, el primer bosquejo del *Instrumentum laboris* de esta Asamblea sinodal.

El diálogo de Cristo con el joven manifiesta el sentido y el valor de la pobreza evangélica. Ilumina, además, la cuestión de «no casarse por amor al reino de los cielos», de la que se habla en el evangelio de san Mateo (cf. 19, 12), y da a entender el significado de esa obediencia por la que el hombre se asemeja a aquel que se hizo «obediente hasta la muerte» (*Flp* 2, 8).

5. «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (*Mc* 10, 28), dice Pedro. Son palabras que la Iglesia refiere de modo especial a vosotros, queridos hermanos y hermanas.

Aunque el diálogo con el joven, y también las palabras de Pedro, parecen referirse sólo a los hombres, sin embargo no hay que olvidar cuán antigua es la tradición de la «esposa» y del «amor sponsal» en los textos sagrados (cf. *Os* 2, 16-25; *Sal* 45, 11-18; *Ap* 21, 1-27). ¡Cuántas mujeres, a lo largo de los siglos y las generaciones, han descubierto su lugar en la vocación religiosa, contemplativa y apostólica, comenzando por aquella que, siendo la Toda Santa, se convirtió, en cierto sentido, en el tipo, en el modelo de la Iglesia! Así pues, hay que leer el tema del Sínodo a la luz del capítulo VIII de la *Lumen gentium*, y teniendo en cuenta todo lo que traté de expresar en la *Mulieris dignitatem*, publicada en 1988, con ocasión del Año mariano.

6. «Ciertamente, es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos (...); y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (*Hb* 4, 12).

Así es la palabra del Dios vivo. Los trabajos sinodales han de mostrarse como una participación singular en ella.

Oremos ya desde el primer día para que cuanto diga el Sínodo sea eficaz, es decir, capaz de «escrutar los sentimientos y pensamientos del corazón».

Oremos para obtener que eso suceda durante toda nuestra asamblea sinodal: oremos por los obispos, que, junto con el Obispo de Roma, son los protagonistas canónicos del Sínodo. Invoquemos, además, al Espíritu Santo por todos los que en esta asamblea representan directamente la vida consagrada, masculina y femenina, para que experimenten una participación, típica de ellos, en esa «palabra de Dios» que está «viva».

¿Qué significa que es también más cortante que espada alguna de dos filos? El amor vive siempre de verdad.

7. «Enseñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato» (*Sal* 89, 12).

Así ora el salmista, cuyas palabras van al unísono con la primera lectura: «Por eso pedí y se me concedió la prudencia; supliqué y me vino el espíritu de sabiduría (...). Con ella me vinieron a la vez todos los bienes, y riquezas incalculables en sus manos» (*Sb* 7, 7.11).

Sí, venerados y queridos hermanos y hermanas. El Sínodo es vuestra vocación durante este mes. Es un gran bien para todo el pueblo de Dios y una riqueza especial para la Iglesia en todos sus componentes.

8. ¿Cómo no tener en cuenta el hecho de que el Sínodo dedicado a la vida consagrada en la Iglesia se celebra en el «Año de la familia»? Dentro de una semana se reunirán aquí, en Roma, familias proceden-

tes de todos los rincones del mundo, para celebrar solemnemente su presencia y su misión en la Iglesia. El Concilio habla de la vocación de los esposos como de una consagración específica.

¿No hay algo providencial en esa coincidencia? ¿No nos brinda la posibilidad de comprender más profundamente el misterio de la consagración religiosa, bien y riqueza providenciales de la Iglesia? El Señor quiere llevarnos a descubrir con los ojos de la fe cómo se complementan recíprocamente esas dos vocaciones, para que alabemos a Dios por la multiplicidad de sus dones. Así como, con las palabras del Magnificat, alababa al Señor María, criatura humana que, de modo admirable, une en sí la vocación de esposa virgen del Espíritu Santo y de madre de la sagrada Familia:

«Porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, santo es su nombre» (*Lc 1, 49*). Amén.